

de la península. El texto, de fluida lectura, va acompañado de numerosas y densas notas que nos remiten a otros materiales con los que seguir ahondando en esta relación única entre una

comunidad judía diaspórica contemporánea y el Estado del que fueron expulsados sus antepasados al final de la Edad Media a causa de los prejuicios y la intolerancia religiosa.

Maite Ojeda-Mata
Universitat de València
omate@uv.es

RUEDA LAFFOND, José Carlos, *Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1931-1977*, Valencia, Universitat de València, 2018, 508 págs., ISBN: 978-84-9134348-6.

Hace algo más de dos décadas, los estudiosos de la memoria colectiva consideraban al todavía novedoso ámbito de análisis tan lleno de posibilidades como impreciso en cuanto a sus límites. El historiador norteamericano John R. Gillis atribuía al uso por los científicos sociales del término *memoria* una notable ambigüedad, «en proporción directa al aumento creciente de su poder retórico». Su colega Alan Confino subrayaba la polisemia de un vocablo cuyas diferentes acepciones compartían «un denominador común tópico»: la construcción de sentido compartido del pasado (Francisco Erice, *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*, Oviedo, 2009: 10-11). Desde entonces, los estudios empíricos, los debates teóricos y las propuestas metodológicas no han cesado de avanzar, pero no parecen haberse resuelto de manera satisfactoria —al menos en opinión de muchos de sus cultivadores— los problemas de indefinición del mencionado campo. Todavía en fechas relativamente recientes, Philippe Joutard, al constatar el

interés que sigue suscitando («hoy, todo es memoria»), no podía por menos de apuntar al «empleo inflacionista del término» (Philippe Joutard, *Histoire et mémoires, conflits et alliance*, París, 2015: 9-19).

Sin embargo, como sucediera antaño con la historia de las mentalidades, la falta de claridad conceptual o los abusos asociados a la noción estructurante de memoria colectiva no han impedido su fértil utilización, aplicada a colectivos muy diversos. Casi un cuarto de siglo después de que Marie-Claire Lavabre analizara la sociología de la memoria comunista francesa en un libro ya clásico (*Le fil rouge*, 1994), José Carlos Rueda hace lo propio para el caso español, amparado bajo el confortable —pero igualmente ambiguo— rótulo de la *historia cultural*. El resultado es un trabajo sólido y lleno de sugerencias, una obra de madurez producto de la decantación y la profundización de otras investigaciones previas del autor y fruto de múltiples lecturas sobre la historia del comunismo español o los conceptos vertebradores de los

estudios sobre la memoria. Un texto, desde ahora, convertido en referencia inexcusable en la bibliografía sobre el comunismo y la memoria colectiva, dentro y fuera de nuestro país.

Rueda opta por una concepción extensa de la memoria, que abarque desde las «evocaciones personales» hasta las «dinámicas de rememoración compartidas», políticas del recuerdo, simbolizaciones con carga conmemorativa, «señas de afirmación o de rechazo grupales» e incluso «liderazgos susceptibles de encarnar evocaciones históricas». En ese sentido, su planteamiento, con todas las ventajas e inconvenientes de la amplitud, abarca potencialmente las múltiples dimensiones de ese *pasado presente* que es la memoria colectiva, a semejanza de Régine Robin, que llegaba a describir su campo como «todo el dominio de la apropiación social del pasado, de la retrospección colectiva, de la gestión, del control del pasado» (Régine Robin, «Literatura y biografía», *Historia y Fuente Oral*, 1, 1990: 73). Esta estrategia de aproximación se complementa con un buen conocimiento de la bibliografía extranjera (particularmente la francesa) y el uso reflexivo y ponderado de algunas nociones claves en los estudios sobre la memoria: memoria oficial o institucional, memoria cultural, memoria de partido, uso público de la historia, políticas de memoria, memoria cosmopolita, contra-memoria, comunidades de memoria, etc. Panoplia ésta de conceptos que se compagina bien con la complejidad del tema que aborda y el sujeto mnemónico que estudia, el cual ejemplifica sobremanera esa idea que maneja el autor de la memoria como «espacio de afirmaciones, revisiones, intersecciones y choques donde cohabitaron

diferentes perspectivas advertidas a partir de su capacidad instrumental presentista». Rueda incorpora, asimismo, en su «caja de herramientas», por recurrir a la expresión de Foucault, problemáticas como las de la *contra-memoria* o los *regímenes de subjetivación*, popularizados, para bien o para mal, por el pensador francés.

En cuanto al período analizado (de la guerra civil a finales de los sesenta), resulta adecuado en la medida en que la cronología no funciona con excesiva rigidez y no impide consideraciones ocasionales sobre etapas anteriores y posteriores. Aunque a la vista del interés de la parte central del análisis, se echa de menos un tratamiento mayor de los cambios e inflexiones de la Transición; pero ello, sin duda, supondría exigir una extensión excesiva a un trabajo ya de por sí amplio y casi omniabarcador.

El análisis empírico se articula en dos partes de desiguales dimensiones, que el autor titula respectivamente «Marcos de la memoria» y «Prácticas simbólicas». La primera (pp. 32-194) incorpora, bajo tan halbwachsiano título, las «cuestiones sobre la conexión entre historia y memoria», tales como la caracterización general de la memoria comunista, la «memoria orgánica» de partido o el «discurso patrimonial» del PCE; las «identidades compartidas», los rasgos del PCE como «comunidad de memoria», las «cohortes generacionales diferenciadas» que integran esta comunidad o su carácter de «memoria cosmopolita» articulada en torno a la URSS; y, finalmente, los procesos de subjetivación o socialización de la memoria colectiva (creación de modelos y estereotipos o de un «sentido común» comunista, usos del tiempo,

ego-documentos o autorretratos militantes, etc.) Se trata, en definitiva, de un conjunto abigarrado de objetos de estudio que enmarcan o componen la memoria comunista, y en cuyo tratamiento Rueda exhibe un buen conocimiento de las fuentes, a la vez que una diestra combinación de aportes documentales y referencias teóricas que permiten situar adecuadamente el tema en sus parámetros fundamentales.

El autor comienza esta primera parte sorteando con destreza el complejo problema de la «tutela» soviética y de la dependencia externa del comunismo español, rechazando cualquier reduccionismo y calificando las relaciones entre la URSS (o la IC) y el PCE de «diálogo asimétrico», tal como ejemplifican los avatares del antifascismo y la guerra civil. Siguiendo a Lavabre, diferencia luego —aunque a veces puedan solaparse— memoria *de los* comunistas y memoria comunista, si bien lo fundamental, obviamente, es entender los procesos de asunción individual de arquetipos y narraciones acerca del pasado colectivamente generados, tales como las que informan ese componente medular de la memoria comunista española que es la guerra civil («una suerte de pasado que no cesaba»). La memoria colectiva —subraya— actuó como filtro de apreciación histórica y como mecanismo de socialización «en el seno de la comunidad orgánica comunista».

Ciertamente, la construcción de las «identidades compartidas» o de una comunidad de memoria no se describe en términos fijos o inamovibles, sino como un proceso lleno de inflexiones y relecturas selectivas del pasado; en este caso, por ejemplo, las que generan la reconciliación nacional o la propia Transición Democrática. Aunque el

autor afirma centrar su análisis no en las realidades factuales sino en su elaboración discursiva, éste y otros capítulos insertan claramente el discurso en la situación interna del partido y su contexto envolvente general. El libro habla de la memoria, pero, por fortuna, no sólo de memoria.

El capítulo dedicado al «sujeto comunista» aborda, bajo la advocación foucaultiana, algunos mecanismos de «subjetivación», con prácticas y estrategias «propias de una religión política secular nutrida por un *corpus* discursivo compacto y una extensa panoplia de liturgias». Nada habría que objetar a estas consideraciones, si bien no tanto el concepto en sí de *religión secular* (usado de maneras múltiples y diversas) como la sobredimensión de la metáfora religiosa para explicar la práctica comunista requerirían bastantes matices y un recurso mayor a los análisis comparados con otras comunidades de memoria o identidades colectivas. Como ya señalara en su momento Gustavo Bueno, esos esquemas bien pudieran partir de «la tergiversación, en el sentido de una metonimia, de lo que es un isomorfismo», dado que comportamientos *religiosos* y *laicos* están sometidos, en realidad, a similares determinantes sociológicos o histórico-sociológicos (Gustavo Bueno Martínez, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*, Madrid, 1970: 34-35). Rueda Laffond no parece caer, sin embargo, en reduccionismos de este estilo (el comunismo como mera «escatología secular»).

La «producción de sentido común» como «llave invisible de legitimación» que analiza seguidamente nos remite a la lógica organizacional y, quizás, al hoy en descrédito concepto de *ideología*, entendida no en su acepción de

falsa conciencia, sino, de manera más amplia y gramsciana, como factor o fuerza organizadora. La asimilación de ese *sentido común* en las *narrativas del yo* típicas de la tradición comunista (ego-documentos, testimonios e informes personales), bien estudiadas en otros países, es aquí abordada en unas páginas excelentes, cargadas de interés.

La segunda parte, la más extensa (pp. 197-508), contiene un examen detallado, rico y matizado, por etapas cronológicas, de la manera en que operan los mecanismos aludidos y las modalidades de estructuración de la memoria. La reconstrucción de la «narrativa matriz» que el antifascismo y la Guerra Civil introducen en el *relato* comunista español, de amplia proyección en el futuro, incorpora —a mi juicio— algunas de las mejores páginas del libro. También se subraya la memoria del antifascismo, al que es costumbre situar, después de la caracterización de Rafael Cruz, bajo el rótulo de una «narrativa nacional-populista», siguiendo la actual tendencia inflacionista del uso del concepto. El «poder de la propaganda», que Rueda considera a continuación, relaciona una vez más el análisis de los discursos con las estrategias políticas o las prácticas ideológicas.

El capítulo dedicado a la guerra («Ellos y nosotros») es uno de los más documentados y sugerentes, incluyendo la narrativa elusiva y misticadora de la represión sobre el POUM; tema que, como es sabido, no tanto en su dimensión estricta de lógica y discurso punitivo contra el «enemigo interior», como en sus derivaciones de enfrentamiento político por la hegemonía en el bando republicano, que Rueda también recoge, han enfatizado trabajos como los de Ferrán Gallego y José Luis Martín Ramos.

Las evocaciones de la guerra y la mitificación de las figuras de Dolores Ibárruri o de José Díaz nutren las páginas dedicadas a la postguerra, en las que también se hace referencia a las memorias de destacados *herejes* (*El Campesino*, Jesús Hernández, etc.). Sigue, a continuación, un ponderado tratamiento de la reconciliación nacional (con su «entramado multifactorial»), la cual, por cierto, si sacrifica algún episodio en términos de memoria, afecta, más que a la Guerra, a la guerrilla. La referencia a la historia oficial de 1960, ya analizada de formas diversas por otros historiadores, y la labor de reconstrucción *historiográfica* del período de la guerra en textos posteriores tienen, como era de esperar, su oportuno tratamiento.

A partir de mediados de los sesenta, el relato de Rueda acelera su ritmo y se limita a consideraciones más generales, que el autor, reconociendo su carácter inacabado, coloca bajo el rótulo de *Epílogo*. Destacan las referencias a las conmemoraciones de los años 1966-67 (de la guerra y también de la revolución de Octubre de 1917), algunas pinceladas sobre la versión del pasado en algunas intervenciones *estelares* de Carrillo (de *Demain l'Espagne* a *Eurocomunismo y Estado*) y unos breves esbozos de los efectos de la nueva etapa, con los avatares de la transición y la deriva eurocomunista.

Cabe añadir, para ir concluyendo, que las 508 densísimas páginas del libro no agotan (¿cómo podrían hacerlo?) las posibilidades de análisis de la memoria comunista y, a la vez, desbordan (¿de qué manera podrían evitarlo?) los límites del campo de la memoria, enriqueciéndose con otros múltiples aspectos de la historia polí-

tica, social y cultural del comunismo español. Dada la diversidad y complejidad de las cuestiones abordadas, el lector puede echar de menos una recapitulación final en la que se anudaran aclaratoriamente tantos hilos dispersos que recorren relatos no desconectados, pero sí singularizados. Y, desde el punto de vista formal y para reforzar aún más la utilidad indudable del libro,

hubiera sido deseable la inclusión ordenada de la bibliografía objeto de cita en las notas del texto, inexplicablemente eludida, tal vez por su considerable extensión. Pero ni estas ni otras objeciones que pudieran hacerse empañan lo más mínimo el valor de un trabajo soberbio que es, a partir de ahora, potencial semillero de nuevas investigaciones.

Francisco Erice Sebares

Universidad de Oviedo

ferice@uniovi.es

MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere, *La Transición. Historia y relatos*, Madrid, Siglo XXI, 2018, 299 págs., ISBN: 978-84-323-1909-9.

La Transición Democrática sentó las bases del actual régimen político español, cuya constitución es ya la segunda más longeva de nuestra accidentada historia constitucional. Siendo, además, bisagra entre una férrea dictadura y un periodo de larga estabilidad democrática, resulta natural que concite atención y focalice interpretaciones, a su vez, fuertemente tamizadas por el juicio acerca del presente. Emerge así la transición como momento fundacional, con juicios condicionados por intenciones políticas que proyectan hacia el pasado las fuentes de legitimación o las raíces de la deslegitimación. No es, por otra parte, cosa distinta de lo que sucede con las etapas que le preceden, pues tanto la República como la guerra civil y la dictadura franquista siguen siendo objeto de miradas sujetas a similares condicionamientos. El «presentismo» es el mayor de los riesgos en que incurrir la historiografía, ciertamente pro-

fusa y manifiestamente lastrada por interpretaciones *ex post* y *ad hoc*. En lo referente a la gestación del actual sistema democrático, la largamente dominante versión de la «Santa Transición» se ha visto de un tiempo a esta parte cuarteada y cuestionada por las lecturas que prefieren hablar del «Régimen del 78», sustituyendo el tono apoloético por el hipercrítico. De forma más o menos explícita, el libro de Molinero e Ysàs parece inspirado por una reacción frente a los excesos ahistóricos de ambas tendencias. Situar los hechos en su momento y en su contexto se erige en preocupación central de todo el esfuerzo de sistematización que acometen y en el que se condensan muchas otras investigaciones previas. Reconocidos especialistas en el estudio de la dictadura franquista y de la transición, su aportación se centra ahora en ofrecer una visión de conjunto y reivindicar una mirada de historiadores.